

TENER TODOS LOS AÑOS DEL MUNDO

María José
Medina Hernández



Artes Plásticas
Facultad de Artes y Diseño
Universidad Jorge Tadeo
Lozano de Bogotá

Laboratorio de Creación II
Directores: María Ximena
Díaz Gómez y Andrés
Gaitán Tobar

Agradecimientos

Agradezco a mi familia. A mi abuela por haberme criado y ser mi ejemplo a seguir, a mis papás por apoyarme en todo y a mis hermanos por ser mis cómplices.

Agradezco a mis amigas de la carrera, a Titi, a Lulu, a Mari, a Pao y a Linux por acompañarme en cada paso y por cada una de las risas compartidas. También a Manu, Juani, Dianis, Majo y Mariana por hacer la carrera más amena e increíble.

Agradezco a mis profesores Ximena y Gaitán por guiarme en este proyecto, a Mariana Dicker y Manuel Santana por todo el apoyo y los consejos recibidos y a Cielo Neme por enseñarme el mundo de la cerámica.

Finalmente, me agradezco a mí misma por lograr aquello que pensé imposible.

Dedicatoria

Le dedico este trabajo a mi abuela Ana Hernández, a la versión de mi misma que vivió mi infancia y a la que atravesará mi vejez.

Figura 1
Májo y Ana 2006



Nota. Elaborada por mi papá José Yesid Medina, (2006)

Índice

♥ Infancia	4
Me acuerdo de mi infancia.....	7
♥ Vejez	10
Me acuerdo de mi vejez.....	15
♥ Cuerpo	17
♥ Perversión	25
♥ Juego	34
♥ Referencias	40

Infancia

La infancia se presenta ante nosotros justo en el momento del nacimiento, donde atravesamos el útero para comenzar a vivir y experimentar nuestros primeros acercamientos con lo que significa ser un humano. Desde mi perspectiva, si hay una vida, inevitablemente habrá una infancia porque con cada minuto que transcurra tendremos un tiempo pasado al que podremos volver. Quizás un recién nacido no tenga mucha experiencia o anécdotas que rememorar, sin embargo, aquellas cosas que ha vivido hasta ese mismo instante, como, por ejemplo, un llanto, por más pequeñas que parezcan son importantes porque eventualmente conformarán sus recuerdos y, por ende, su niñez.

Nuestro corazón empieza a latir marcando el inicio de una vida en función del tiempo y un cuerpo humano, que a cada minuto que pasa se vuelve más viejo y distinto. Cuando era un bebé, nunca fui la misma versión que existió en el minuto anterior. Mis células, mi estado de humor, mi respiración e inclusive la posición de mi cuerpo siempre eran diferentes, por lo que, desde la infancia estuve condicionada a experimentar inconscientemente un tiempo pasado, algo que ya había acontecido y que nunca podría volver a repetirse tal y como ocurrió.

Sin embargo, estas experiencias quedan enfrascadas en nuestras memorias, que se manifiestan a través de nuestra presencia física y mental. Frecuentemente me encuentro a mí misma

revisitando mi niñez para devolverme a los recuerdos que dejaron una huella en mí.

Tengo la certeza de que cuando era pequeña sufrí de displasia de cadera porque la palabra trae a mi mente las imágenes de una bebé sintiéndose incómoda por el aparato que tenía que usar, además, el cuerpo me lo confirma porque hasta el día de hoy me salen muchas “yucas” de esta zona del cuerpo. También, sé que solía tomar mucho jugo de mandarina porque cada vez que me como una, inevitablemente me transporto a los primeros años de mi vida y recuerdo con exactitud como metía mis manos dentro del vaso de jugo.

La infancia también funciona como esa ancla que nos da la certeza de nuestra existencia, de que hemos experimentado un sinfín de cosas antes del presente. Las evidencias son un hecho, pero no son tan fáciles de descifrar, pues el tiempo parece hacer estragos en la mente, confundiendo acontecimientos o utilizando la imaginación para que olvidemos las cosas que ya vivimos. Existe la posibilidad de que el jugo de mandarina que tanto añoro en realidad se tratara de un jugo de naranja, o que alguna de las historias más importantes para mí en realidad se tratara de un episodio de algún programa de televisión.

No podemos confiar siempre en nuestros recuerdos como una cosa en concreto, porque estas imágenes se van volviendo confusas y borrosas con el pasar de los años. Los momentos que nuestra mente guarda y filtra bajo el umbral del pasado, envejecen de la

misma manera en que lo hacemos nosotros, creciendo diariamente hasta que llega un punto en el que resulta humanamente imposible recordar toda la infancia con lujo de detalle. Incluso, reconocernos a nosotros mismos dentro de nuestra memoria puede ser una tarea complicada, pues las vivencias personales se ven ciertamente desdibujadas y una vez que las revisitamos ya no se nos presentan con la misma claridad que antes.

Considero que debo tratar a la infancia como un estado que se estira y cambia constantemente. Prefiero quedarme con las sensaciones de las cosas que resultan familiares y trabajar sobre ellas, siguiendo lo que mis instintos consideran como certero. Realmente no me importa si me confundo, o si en algún momento comprendo que mi pasado no era tan verídico como creía. Si algo me recuerda a mis primeros años de vida, le presto atención, lo analizo y entramos en contacto para convivir. No me interesa el detalle, o asegurarme de que la mandarina sí hizo presencia en mi vida, mientras el olor cítrico logre atravesar mi mente y recordarme mi niñez, todo estará bien.

La infancia y la vida no se pueden construir a partir de verdades absolutas, sino que se van armando poco a poco a partir de las cosas, los objetos, presentimientos, reacciones corporales, las anécdotas de alguien más y las sensaciones íntimas de nostalgia que se presentan ante nosotros y que por alguna razón inexplicable empiezan a resonar en nuestra cabeza con esa palabra: La infancia.

Me acuerdo de mi infancia

1. Me acuerdo de que de pequeña me gustaba comer talco, y en el jardín antes de almorzar me imaginaba que la coca de mi almuerzo iba a estar repleta de talco.
2. Me acuerdo de que me gustaba vestirme de princesa para armar el árbol de navidad. Siempre usaba un vestido de manga larga, rosado fucsia, con un sombrero puntudo. Muy medieval.
3. Me acuerdo de que una vez uno de mis amigos me mordió la mejilla. Estábamos adelantando unas planas en el descanso, nos pusimos a jugar a los villanos y el me mordió porque pensó que era mala de verdad. En su momento me dolió, pero después alardeaba de mi cicatriz, y les decía a todos que mi novio me había besado tan fuerte que me la había hecho.
4. Me acuerdo de que de pequeña trataba de conseguirle novio a mi abuela fuese como fuese. La ofrecía a celadores, meseros, vecinos y amigos de mis papás de su misma edad.
5. Me acuerdo de que de pequeña solía decir que mi abuela tenía “todos los años” y que ella ya estaba muy ruca.
6. Me acuerdo de que mi abuela me decía que no tenía que llorar por las heridas que me hicieran, porque si lo hacía se me iba a salir el alma por ahí.
7. Me acuerdo de que me gustaba coquetear con señores mayores. En paseos, en el médico, e incluso en el trabajo de mi mamá me gustaba

fijarme en hombres viejos.

8. Me acuerdo de que me gustaba mucho la canción que decía “con ropa haciendo el amor”.
9. Me acuerdo de que de pequeña yo tenía unas chanclas de Dora que tenían un pito, y sonaban cada vez que daba un paso. Siempre me las ponía en tierra caliente, y las usaba para jugar a las escondidas con mis hermanos. Nunca les ganaba porque ellos podían escuchar donde me encontraba, y se aprovechaban de eso para huir, atacarme por la espalda y llenarme los cucos de agua.
10. Me acuerdo de que tomé tetero hasta los 7 años. Para el colegio solía desayunar uno, aun así, lo dejé de un día para otro porque me aburrí.
11. Me acuerdo de que una vez en una plazoleta de comidas un señor se me quedó viendo y mi papá se enojó mucho, me dijo que era un pedófilo.
12. Me acuerdo de que en transición mis hermanos me acompañaban hasta la puerta de mi salón para asegurarme de que no lloraré, sin embargo, tan pronto me sentaba en mi puesto, me acurrucaba entre mis brazos para llorar.
13. Me acuerdo de comerme la uña de un niño en el jardín. Me engañó, me dijo que cerrara los ojos y abriera la boca para comérmelo.
14. Me acuerdo de las pocas veces que iba al baño de los niños cuando llegaba al colegio. Me sentía humillada.
15. Me acuerdo de la costumbre que tenía de lavarme las manos metiéndolas en el vaso de jugo de mandarina antes de almorzar.
16. Me acuerdo de decir “Pofato” en lugar de “Por favor”.

17. Me acuerdo de molestar a mi hermano mayor en la ruta del colegio. Una vez él se hartó de mí y me metió a los golpes debajo de las sillas del bus.
18. Me acuerdo que mi abuela solía contarme cuentos para que me estuviera quieta. Ella solía contarme la historia de una señora que iba por la calle y se caía dentro de un hueco, raspándose todo tu cuerpo. Dejó de contármelo porque una vez le dije que yo ya sabía que eso eran puras mentiras.
19. Me acuerdo de todas las veces que dije que Michael Jackson era mi novio.
20. Me acuerdo del corte “totuma”, mis papás solían hacérmelo hasta que un día después de llegar de la peluquería, me vi en el espejo y me puse a llorar porque me veía igualita al personaje de Cabeza de Coco del programa del Diario de supervivencia de Ned.
21. Me acuerdo del salto que di de la cuna hacía la cama de mis papás. No estaba a muchos metros de distancia, pero pude haber muerto.
22. Me acuerdo que mis hermanos me enseñaron a decir muchas malas palabras. Mis favoritas eran Pipí, Cuca, Jueputa, Coño y Burro.

Vejez

A comparación de la infancia que empieza tan pronto como nacemos, o de otros momentos como la adolescencia que se rodean de varios rituales que demuestran el comienzo de esta nueva etapa, como, por ejemplo, tramitar la cédula de ciudadanía, la vejez carece de un inicio en específico. Resulta difícil calcular con exactitud el momento en el que una persona llega a lo que denominamos como “La tercera edad” porque esta etapa no viene acompañada de ningún grandioso acontecimiento de apertura.

Incluso a mí, me cuesta pensar en un inicio en concreto para la vejez, y prefiero describirla como una sombra permanente. Una energía que siempre ha estado junto a nosotros, y que emerge sigilosamente mientras crecemos y experimentamos la vida. Se origina del cambio constante al que estamos sometidos por nuestra propia naturaleza humana, pues, con el pasar de los años, y sin darnos cuenta, dejamos de ver y de sentir el cuerpo que creíamos tener, y nos enfrentamos a una versión de nosotros mismos totalmente desconocida. Nadie te va a enseñar a envejecer.

En realidad, he notado que muchas personas describirían este momento con términos negativos como el miedo, la angustia, la enfermedad, la vergüenza y el temor de ser una carga para los demás. Cuando nacemos, sabemos que tenemos toda una vida por delante, y mientras crecemos

gozamos de diversas ceremonias que parecen celebrar la madurez de la eterna juventud, como por ejemplo una fiesta de 15. En cambio, en la mayoría de los casos pareciera que pasada cierta edad, envejecer ya no nos parece un motivo por el que se deba hacer una fiesta, y en su lugar tratamos de disimular el paso del tiempo y luchar contra la naturaleza del ciclo de la vida. Irónico, en la etapa temprana de la vida celebramos la adultez, más no el hecho de llegar a la vejez.

Sin duda alguna, el conflicto es algo que se encuentra presente en todo momento, pues se trata de una edad que muy pocas personas toman como tema de conversación a pesar de que convivimos con ella todo el tiempo. Desde mi nacimiento estuve en contacto con este momento de la vida porque mis papás me dejaban al cuidado de mis abuelas, y a pesar de que no entendiera exactamente la manera en que opera el ciclo de la vida, sentía mucha curiosidad por entender la posición de ellas. Recuerdo perfectamente la fascinación que sentí cuando vi una cabellera completamente blanca, o cuando las fuertes y arrugadas manos de mi abuela me estrechaban y cuidaban. En esos momentos, la vejez para mí se veía como algo maravilloso.

Curiosamente, esta fascinación que llegó a mí principalmente por la infancia me hizo comprender que esta capacidad de la imaginación, de poner el propio cuerpo de uno en otro tiempo distinto al presente, se facilita mucho más cuando se trata de la infancia, y que parece hasta casi imposible de lograr cuando se trata de la vejez.

Pienso en mi futura vejez, y me imagino a una señora lejana, que habrá vivido todas las cosas que me he propuesto y que estoy trabajando ahora; físicamente ella conserva muchos de los rasgos que me caracterizan, mi sonrisa amplia, la arruga que se me forma en el entrecejo cuando me enojo y las cicatrices que recorren mi cuerpo. Sin embargo, por cortos periodos de tiempo, ella puede llegar a sentirse como una persona totalmente ajena a mí, y me da la sensación de estar hablando con alguien que aún no se siente como yo. Por el contrario, cuando viajo a la infancia, en la mayoría de los casos puedo reconocirme, son imágenes borrosas, pero que mi mente evoca con mucha más facilidad que las demás, porque vienen de una historia que ya viví, y de un presente que se me muestra justo en este mismo momento.

De todas maneras, por más fácil que resulte la posibilidad de sentir que puedo volver a ser pequeña, es importante que no descuide mi contexto real. No se trata de soltar la infancia que me ha acompañado y dejarla perder para siempre por el susto que me causa saber que en un futuro ya no lo seré más. Se trata de aprender a revisitarla, a jugar con los recuerdos que conservé a través del tiempo y a seguir con instinto lo que considero que fue real desde el lugar que me corresponda y me transite en dicho momento. En mi vejez, físicamente mi cuerpo y mi mente serán distintos, dejando entrever los años que ya he experimentado, con arrugas, cicatrices y texturas corporales que reflejarán mi edad. Sin embargo, “La edad cronológica y la edad biológica están lejos de

coincidir siempre” (Beauvoir, 1970, p.40). Nuestro cuerpo es un recipiente, que contiene entre muchas otras cosas memorias. La mente es una herramienta muy poderosa, y a través de ella podemos volver a nuestra juventud o a nuestra niñez. Me da la capacidad de jugar con mi presente, viajar en mi propio cuerpo e imaginarme tiempos lejanos.

Sin importar la apariencia que tenga nuestro cuerpo, a través de la imaginación podemos vivir y revivir otras realidades. “Hay, pues, en el individuo, un potencial fluido, adaptable, que envejece, y una fracción cristalizada, hecha de Mecanismos adquiridos, que no envejece” (Beauvoir, 1970, p.44). Utilizar con flexibilidad nuestra memoria, para transitar los tiempos pasados y futuros nos da la posibilidad de generar encuentros ricos y vitales entre la infancia y la vejez, las cuales pueden entrecruzarse de manera consciente o no. Si bien, somos nosotros quienes la mayoría de las veces tomamos la decisión de acercarnos a nuestro pasado, o de imaginar nuestro futuro, estos escenarios se pueden presentar de manera involuntaria, despertando ante algún factor que captan nuestros sentidos y nos transporta directamente a un momento específico del pasado, sin que lo hayamos solicitado. Me gustaría que, en mi vejez, cuando sienta el aroma de las mandarinas piense en el jugo que mi abuela me preparaba todos los días sin falta y recuerde lo feliz que era al lavarme las manos en él. Es una relación que quiero lograr.

Entender que la vejez es un tiempo igual de válido a la infancia, y que imaginarlo no debería causarnos vergüenza, deja a la imaginación el hecho de que la vida no se trata particularmente de un inicio y de un fin, sino que inevitablemente la transcurrimos en círculos, y cuando somos mayores volvemos a la infancia que tanto pudimos añorar.

Me acuerdo de mi vejez

1. Me acuerdo de esa llamada telefónica en la que me dijeron que Elsitita había fallecido. Me sorprendí hasta que recordé que ya teníamos 90 años.
2. Me acuerdo del día en que me pensioné. Salí de la oficina como la mujer más feliz del mundo y me emborraché hasta perder la consciencia.
3. Me acuerdo que si quería asustar a alguien me sacaba la caja de dientes de la boca y hacía una mueca.
4. Me acuerdo de una vez que iba tan borracha en el bus que un joven me ofreció la silla azul preferencial. Todos estaban preocupados por mí y pensaban que sufría de algún malestar crónico.
5. Me acuerdo de la vez que me oriné de la risa.
6. Me acuerdo de robarme frutas y verduras del mercado móvil. Era bien descarada y siempre les decía a los señores que esa era mi ñapa.
7. Me acuerdo de los jovencitos de la fama que me coqueteaban siempre que iba a comprar la carne del almuerzo. Me decían que ellos eran “mi colágeno”.
8. Me acuerdo que le cogí fastidio a mi cama, y dormía envuelta sentada en la silla del comedor.
9. Me acuerdo de verme mi primera cana en mi barba.
10. Me acuerdo que si iba a hacer tramites en el banco llevaba un bastón y fingía estar coja, para tener trato preferencial.

- 11.Me acuerdo de una navidad en la que tomé ron como loca. Al día siguiente me desperté enguayabada, no se lo dije a nadie y mi ahijada pensó que iba a sufrir un ataque al corazón. Llamó a los médicos domiciliarios y tuve que confesar mi crimen.
- 12.Me acuerdo que me gustaba dormir con mi rana “Calientapatás”.
- 13.Me acuerdo de la vez en que golpee a un señor en la calle con mi andador porque se atravesó en mi camino y me dio rabia.
- 14.Me acuerdo de la sensación de creer que podía predecir muertes. Una vez soñé que una amiga que había tenido un derrame cerebral venía a mi casa a despedirse de mí. Al día siguiente falleció.
- 15.Me acuerdo de una vez en la que confundí los dos frascos de isodine y terminé haciendo gárgaras con la solución para desinfectar heridas.
- 16.Me acuerdo del día en que casi pierdo mi pulgar de la mano derecha porque me lo machuqué cerrando la tapa del inodoro.

Cuerpo

La vejez y la niñez usualmente son etapas que se ven de maneras lejanas. Ya sea en tiempos pasados o futuros, nuestros cuerpos presentes suelen hablar de estos momentos con un sentimiento tan ajeno que da la impresión de que se trata de otro cuerpo el que los vive. Otros “yo” a los que únicamente podremos acceder a través de los recuerdos, la nostalgia, la imaginación, las suposiciones y lógicamente, el paso del tiempo.

De igual manera, he notado que cuando se visualizan los cuerpos y las formas que adoptamos cuando atravesamos por la infancia y la vejez, estas imágenes siempre se observan como polos opuestos, que nunca podrán entrecruzarse entre sí, como si fuera imposible que interactuarán entre ellas. Un encuentro entre estos dos cuerpos parece descabellado y antinatural.

El orden normal de las cosas toma como principio la infancia y a la vejez como su fin. Nacemos, crecemos, envejecemos y morimos. Nos cuesta poner como iguales aquellos momentos que parecen tan distantes porque nos parece difícil imaginar algo antes de, y después de, como es el caso de la adolescencia y de la adultez, las cuales son etapas que, al posicionarse en un estado intermedio, facilitan su conexión con los tiempos pasados y futuros.

Aun así, considero importante destacar el hecho de

que todas estas edades se habitan y experimentan siempre dentro de un mismo cuerpo. Hasta el momento nos resulta imposible vivir la infancia dentro de un cuerpo determinado, y la vejez en otro. Siempre seremos las mismas personas, con una misma consciencia que físicamente permanece ajena al paso del tiempo habitando siempre una misma corporalidad. Mi propio cuerpo que en el pasado me vio gatear y aprender a pronunciar la Rr, será el mismo que en el futuro se encontrará con una piel arrugada y un cuerpo experimentado.

Esto me parece maravilloso, porque significa que el cuerpo es capaz de ajustarse a cada una de las etapas que atraviesa el ser humano según sea lo indicado, porque este no es más que un recipiente, una herramienta, y un método que nos ayuda a transitar emociones, sensaciones y, sobre todo, edades.

No se trata de forzar las cosas, sino de aceptar el hecho de que dentro de un mismo cuerpo podemos habitar diferentes momentos de la vida, existiendo en un vaivén entre la infancia y la vejez. Veo en mi imaginación un solo cuerpo, unos senos caídos y arrugados, que siguen siendo igual de bellos como la vez que llegaron al mundo. También me permito imaginar unas manos arrugadas junto a unos brazos regordetes de bebé. Ambas imágenes han llegado a coincidir dentro de mi mente porque ambas han sido atravesadas por transiciones igual de intensas que su contraparte... Me encuentro en un punto que me hace pensar que la infancia y la vejez atraviesan con la misma intensidad sus respectivos cambios, de contexto, de mente y de cuerpo.

Por lo general, entender los cambios que aparecen en el cuerpo requiere de mucha consciencia de uno mismo, pero como estamos tan enfrascados en vivir en el momento y generar recuerdos, nos olvidamos completamente de nuestro ser. “¿Entonces me he convertido en otra mientras sigo siendo yo misma?” Reflexiona Simone de Beauvoir en su libro titulado “La vejez” (1970) mientras comenta que la vejez nos llega de golpe porque siempre se nos ha enseñado a considerarla como una cuestión ajena y lejana, incluso para nuestro propio cuerpo.

La vejez se ve distante en el cuerpo porque la mayoría de las veces solo accedemos a ella a través de las imágenes que creamos con la imaginación, asumiendo siempre que estamos lejos de vivirlas en carne propia. Al mismo tiempo, la infancia puede volverse un concepto apartado de nuestro propio ser en el momento en que dejamos de recordar, y se desdibujan las líneas de aquello que sabemos que experimentamos en carne propia pero que ya no sabemos nombrar con exactitud. Olvidar lo pequeños que fuimos se siente igual de lejano a la arruga que pronto llegará.

Al mismo tiempo me parece que esta lejanía se ha creado por los tabúes que tenemos como sociedad alrededor del cuerpo y su desarrollo. El cuerpo es un elemento político, y por lo menos, en mi experiencia, me han hecho creer que mi experiencia dentro de él es bastante similar al de una montaña rusa. Nacemos, ascendemos, crecemos, llegamos a nuestro punto máximo, descendemos, envejecemos y finalmente caemos hacia la muerte. Tanto el

cuerpo del niño como el cuerpo del anciano quedan reducidos a una casi nada, porque requieren atenciones específicas que se salen de la prioridad de ser “adultos intermedios” exitosos y totalmente independientes.

Se comparte un mismo cuerpo y este se maneja de la misma manera en ambos escenarios por la sociedad. En la vejez somos liberados de las tareas que aún no nos han sido otorgadas en la niñez. Bebé y viejo quedan reducidos a una casi nada porque su cuerpo es privado de su independencia. Los adultos son quienes crían al bebé y los que al mismo tiempo lidian con los viejos una vez que se han pensionado. Me da la sensación de que los adultos hemos olvidado que los cuerpos estamos hechos para convivir los unos con los otros, sin importar la edad que estemos atravesando. ¿Es tan difícil imaginar un contexto donde ambos cuerpos de puedan entender por lo que son y no por lo que aún no ha acontecido?

La curiosidad llena mi cuerpo y me niego a esperar a que la imaginación haga su trabajo. Mi mente ya no es un espacio suficiente para que la infancia y la vejez se apoderen de un solo cuerpo, y de una sola piel. El cuerpo se traduce en movimiento, este me lleva a la piel y ahí hago una conexión con la tela. La tela puede ser transformada como una segunda capa de nuestro cuerpo y de la consciencia, que se expanden, se arrugan y cambian constantemente para que podamos habitarlos de la manera adecuada en cada momento de la vida. El liencillo se transforma en esa gran dermis que a través de la

intensidad de las imágenes rompe la lejanía que se ha construido alrededor de la vejez y en algunos casos de la infancia.

La experiencia del paso del tiempo sobre el cuerpo humano ya se ha traducido pictóricamente, sin embargo, son imágenes que todavía fragmentan esta experiencia como si se tratara de cuestiones ajenas a nuestra propia identidad individual. “Las edades y la muerte” (1541- 1544) del artista barroco Hans Baldung Grien, resalta en cuerpos diferentes las tres grandes etapas de la vida de una mujer (infancia, adultez y vejez), las personifica a cada una en cuerpos diferentes. Me da la impresión de que, la mayoría de las veces, consumidos por el miedo, nuestra mente nos revela el paso del tiempo de esta manera, a través de una sola identidad fragmentada en tres versiones tan ajenas como familiares entre sí porque nos vemos incapaces de soportar la transformación corporal y psicológica a la que somos sometidos.

Es por esto que, en mi exploración que toma como punto de partida relacionar de forma equitativa las etapas de la vida humana, se observa el nacimiento de una piel, que perversamente entrecruza sin ningún filtro los cuerpos que están atravesando sus respectivas etapas de la vida. Es una imagen que, bajo la solidez del color, la mancha abstracta pero juguetona y el detalle característico de la práctica, me ha permitido construir un cuerpo que vive la infancia y la vejez simultáneamente.

Figura 2
Las Edades y la Muerte



Nota. fuente tomada de Museo del Prado, (1541- 1544)

Pareciera como si la juventud fuera ese bebé que se aferra al cuerpo humano de maneras agresivas y violentas, tal y como las manchas que, al haber succionado sus supuestos días de gloria hacen visibles las imágenes de unos senos abstractos. Evidenciándose en la boca, que alguna vez usamos para succionar el chupo, y que ahora descuelga y se marca con las sonrisas. Ambos muecos, ambos vacíos, ambos esperando a contener.

La arruga, que por lo general se asocia a una edad en la que ya no vemos con lujo de detalle las cosas a nuestro alrededor, ahora se presenta sobre esta piel con un detalle y una paciencia infinita. Mientras que la imagen más “difusa”, aunque yo diría que es más bien juguetona, construye a la niñez. Por momentos, este cuerpo parece tener una claridad sobre lo que fue en su niñez, recordando el detalle de las cabezas de muñeca con las que jugaba cuando era pequeña, pero por otros, se permite fantasear y apropiarse de las arrugas que más tarde recorrerán sus pies y caminarán hacia el inevitable camino de la vejez.

Tanto en esencia, como en forma y trazo, la vejez ha tomado más tiempo que la infancia. Tuve toda la paciencia del mundo para hacer el detalle de las formas arrugadas, y descifré de una manera más sencilla las pinceladas de la juventud. Algunas veces me parece que la vida es así, y tengo la sensación de que mi infancia transcurrió en mi cuerpo de una manera tan fugaz como si se tratara de la rapidez con la que me desprendí de la teta cuando era pequeña.

Este no es un cuerpo que busca ser perfecto, ni mucho menos placentero para la vista y la comprensión. Es una piel que ha mutado sobre sí misma, y se ha despojado de los miedos y las contradicciones que la atraviesan para darle el lugar que se merecen a su propia vida que se ha reducido a dos límites inalcanzables. Es un cuerpo prepotente y enorme que busca ser acompañado y entendido por lo que es: vejez e infancia en esencia, sin buscar nada más. Esta nueva expresión que se posa sobre la tela ha detenido dos tiempos y los ha juntado, no avanza ni retrocede, pero al mismo tiempo tampoco permanece estático en el limbo que para muchos representa la adultez. Detiene el tiempo y el cuerpo, jugando con ellos para crear un nuevo espacio donde la piel se estire y se adueñe de su propia existencia. Desdoblándose de una manera que no pretende ser morbosa, sino más bien inquietante, llega al mundo un nuevo cuerpo que sin pelos en la lengua horizontaliza los aspectos más curiosos del cuerpo infantil y el cuerpo de la vejez.

Perversión

A mi mente llegan muchas imágenes y objetos que establecen una conexión corporal y mental entre la infancia y la vejez. Una piel que se estira para coexistir pacíficamente entre ambas etapas de la vida, una serie de objetos que transitan entre lo brusco y lo delicado. Mis memorias de la niñez y las ideas que me hago sobre mi futura vejez. Sin importar la ruta que tomen mis pensamientos, ellos se vuelven relevantes porque se ven impulsados por un mismo sentimiento: El de la perversión.

Esta sensación se me ha presentado como una forma de desafiar las normas que ya han sido establecidas por los adultos de la sociedad alrededor de las figuras del bebé y del anciano. Lo perverso se entiende también como algo que, si bien es familiar, nos puede llegar a aterrar porque contiene una pieza que no encaja del todo dentro de nuestro objeto de estudio, como, por ejemplo, un cuerpo infantil con una cara que a través de las arrugas refleja el paso de los años o un objeto que a pesar de imitar su forma original no puede utilizarse por su materialidad.

A lo largo de nuestra vida, se nos ha enseñado que debemos existir siguiendo una lógica que nos divide en tres grandes momentos (la infancia, la vida adulta y la vejez), cada uno con un peso diferente. Los niños viven dentro de un escenario perfecto para aprender este tipo de ideas y que los adultos los puedan moldear a su antojo, mientras que al

Figura 3
Imágenes siniestras



Nota. elaboración propia, (2024)

envejecer se los desprecia porque ya no son sujetos con un potencial de “producir”. Me di cuenta de que el adulto reina sobre los demás, y eso me parece perverso.

El entrecruce de estos momentos que han sido reducidos a conceptos similares, también resulta inquietante. Nuestro pasado se arrejunta con el posible futuro para crear un nuevo espacio que lucha por ganar la presencia que se merece. Mi propio cuerpo que alguna vez fue pequeño se permite ser grande a través de una misma piel para arrugarse a su antojo. Mis juguetes de la infancia dejan de ser bruscos para enfrentarse a la fragilidad que muchas veces conlleva la vida adulta. Encerrar a la infancia y a la vejez dentro de un mismo contexto implica que el niño pierda (o más bien, intercambie) su inocencia y que el adulto mayor encarne nuevamente de manera perversa su infantilidad.

Infancia y vejez, ambos extremos empiezan a coexistir en un espacio sin límites, aprovechándose de las normas que los han atravesado para inquietar a cualquiera que se enfrente a ellas. Por lo general, el chupo se presenta como una herramienta que debe tranquilizar a un bebé, permitiendo que pueda morder y succionar a su antojo sin que esto represente un peligro para él. Pero, cuando el objeto se vuelve cerámico y si el chupo es llevado a la boca, lastimará a la persona que lo manipule sin importar que tenga o no dientes, que sea niño o viejo. Este chupo, fragmentado o entero cuenta con una dureza que lo vuelve desconocido y lo distancia de su característica suavidad infantil.

De esta manera, la cerámica llega a mi como la respuesta a la búsqueda por encontrar un material que me permitiera jugar con la naturaleza corporal de los elementos infantiles y viejos, estableciendo relaciones de familiaridad entre ellos por el significado que contienen. Así como la nueva piel que tiene lo mismo de bebé y de vejez exige una lectura diferente a la que se le otorga por separado, estos objetos que parecen ser duros y juguetones no pueden ser utilizados de la misma manera que sus imitaciones reales debido a su materialidad.

Los significados que se esconden detrás de estos elementos me permiten llegar a conexiones que giran en torno al cuidado y al comportamiento de ambos. Por ejemplo, las agarraderas suelen estar diseñadas para apoyar a la tercera edad, sin embargo, el bebé también es una persona que requiere ser soportada y sujetada, quizás no a través de una agarradera, pero la misma intención permanece allí. El pañal, que nos recibe al mundo puede ser el mismo que este junto a nosotros en el otro extremo de la vida, cuidando con el mismo cariño del cuerpo arrugado que ahora lo porta. La cerámica me ha revelado que soportar no es lo mismo que convivir, y que precisamente, la razón por la que en algunas ocasiones nuestra infancia nos puede parecer igual de ajena a la vejez es porque no sabemos cómo acceder e interactuar con ellas con el tacto que requieren. Imponemos sobre estas edades nuestra mirada del adulto, del punto medio y no las dejamos existir y convivir como lo que son, y eso es perverso.

La arcilla, que al inicio se presenta como una pella suave y blandita, que se deja moldear a mi antojo, se va secando, endureciendo y agrietando dependiendo del trato que se le dé en cada uno de sus momentos, que son igual de importantes que los demás. La quema no es más relevante que el proceso de amasado, y la construcción de la pieza tampoco es la protagonista, de hecho, un movimiento en falso en cualquiera de sus facetas podría arruinar la pieza por completo. Tal y como un reflejo de la vida humana, en la que nuestro propio cuerpo atraviesa diferentes estados de dureza y fragilidad sin dejar de ser un solo individuo. Cuando somos bebés nos presentamos como cuerpos blandos, fáciles de moldear al antojo de los adultos, crecemos y nuestra piel toma la dureza necesaria para enfrentar el mundo desde una nueva perspectiva, la cual, eventualmente y según el paso del tiempo, puede dejar grietas en nosotros.

Otros artistas también han establecido una conexión con la etapa infantil a través de los objetos cotidianos y los materiales inusuales, como ocurre en el proyecto “Bronzes” (2001- 2020) del escultor John Ross, donde diferentes prendas de vestir tales como camisetas, zapatos, pañales para bebé, escobas o saleros se transforman en láminas de bronce gruesas y fuertes llenas de movimiento. El ama sus objetos y vive a través de ellos, por eso decide exaltar su cariño utilizando un material que les aporte el mismo brillo que representan para él. Las arrugas de la tela, la aspereza de la escoba y las otras características de los cuerpos que inspiran a este escultor aún no han perdido del todo su esencia

Figura 4
Tee Shirt



Nota. fuente John Ross Art, (2019)

porque conservan sus elementos más importantes: el trozo de mierda que se ha dispuesto sobre el pañal, los agujeros en los contenedores de la sal, el mango de la escoba. En este caso el metal exalta el objeto por lo que es en sí mismo.

El bronce reproduce un brillo y una fuerza diferente a los que otorga la cerámica, pero que aun así me brindan la inspiración necesaria para traducir nuevamente los objetos que me interesan. Estas esculturas en bronce me ayudan con ese primer acercamiento al juego entre lo real y lo ficcional. Abren una investigación que flexibiliza el concepto de la dureza, creando objetos rígidos y fuertes corporalmente que todavía conserven la delicadeza del detalle que los identifica, inmortalizando sus texturas. A partir de ellas comprendo que el bebé también puede ser duro, y que la vejez junto a sus arrugas puede ser tan frágil como un infante.

Entender la naturaleza de la arruga en este caso es diferente porque en la tela me encargaba de crear un nuevo cuerpo bajo mi total control al manejar los pinceles según mis deseos, la cerámica me obliga a utilizar mi propia corporalidad para crear el objeto requerido. Empiezo a compartir el mismo sentimiento que John al interesarme de manera tan apasionada por la infancia y la vejez que empiezo a vivirlas mientras hago los objetos que me han llamado la atención. Mi cuerpo se mueve con ritmos similares a los de una persona adulta para tratar de captar la esencia de un pañal enorme, y al mismo tiempo, me impaciento como un niño al querer terminar con la construcción de la manera más

rápida posible. Ya no es solo un tema de representación, sino que, incluso las arrugas que se muestran en mis manos debido a la resequedad de la arcilla me ayudan a encarnar esa perversa relación que he tratado de descifrar. Mi cuerpo, joven, viaja por medio de las grietas a lo que será su futura vejez.

El pañal del adulto se estira y se arruga con una presencia que, a pesar de ser fuerte y dura, podría desmoronarse en cualquier momento, las grietas que aparecen resaltan este hecho. La infancia y la vejez son épocas que sin duda alguna se ven atravesadas por las cicatrices de la vulnerabilidad y su deseo por ser escuchadas y valoradas por lo que son. Por más fuertes que nos mostremos en la adultez, el bebé que fuimos hará lo posible por salir a flote para recordarnos nuestro pasado con la misma intensidad que nuestra imaginación nos irá mostrando nuestros posibles escenarios en la vejez. Ambos se mezclan generando tensiones entre lo duro y lo delicado, lo inocente y lo inquebrantable, lo jugueteón y lo sensato.

Lo real se junta con otra normalidad que también puede ser posible, si nos lo permitimos y dejamos de distanciar con todas nuestras fuerzas las etapas de la vida. Alejando esa “obligación” de soportar a los niños y a los ancianos, la agarradera recuerda la importancia de dejar ser las cosas. Esta es una pieza funcional, que distrae por los elementos que si encajan con su imagen.

En mi caso, las grietas han sido detonadas por una

serie de objetos que me hacen caer en cuenta de la perversión que moviliza mi deseo simultaneo por lo infantil y la vejez. Me encuentro anhelando un pasado que ya viví y que, aun así, se siente igual de ajeno a la futura vejez que me espera. Me niego a perder los recuerdos de mi infancia con la misma fuerza con la que me aferro a esa agarradera que me sujeta a la posibilidad de tener una vejez que conserve mi esencia como un solo cuerpo, y una sola mujer que atravesará la vida con la horizontalidad que requiere.

Juego

El juego aparece como una acción y como una presencia. Toma importancia a partir de mis memorias de la infancia, en las que me recuerdo jugando a ser mamá con mis bebés de plástico, imitando las cosas que veía a mi alrededor, pateando pelotas y riendo sin parar dentro de un espacio que yo creaba con ayuda de mi imaginación. “El juego no es la vida «corriente» o la vida «propiamente dicha». Más bien consiste en escaparse de ella a una esfera temporera de actividad que posee su tendencia propia. Y el infante sabe qué hace «como si ...», que todo es «pura broma».” (Huizinga, 1972, p.21), esta actividad representa un acto sumamente poderoso en nuestras vidas desde que somos pequeños, porque a través de él podemos entender y aprender sobre las lógicas de la vida, dentro de una esfera juguetona en la que todo es posible.

Si bien, se trata de un mundo diferente al nuestro, el juego trabaja sutilmente con los comportamientos que nos rigen como seres vivos. Un buen juego requiere de armonía, concentración, placer y tensión, también cuenta con unas reglas que ponen en movimiento este espacio imaginario. Lo más importante es que un juego cuenta con un inicio y un final, este no puede durar para siempre, al igual que la vida humana... La infancia y la vejez.

Usualmente se reduce esta actividad únicamente a la etapa de la infancia, poniéndola en un nivel donde

los adultos, y sobre todo las personas que se encuentran en la vejez no pueden acceder a este espacio a menos de que un niño esté involucrado. Como dije anteriormente, los niños conectan con el mundo a través del juego y es deber del adulto asegurarse de que esto se desarrolle de la manera “sociablemente correcta” aprendiendo a valorar la juventud. Yo considero que este espacio puede implicar una posibilidad positiva para establecer un puente entre la infancia y la vejez, porque el juego también puede ser serio, a pesar de que se trate de un espacio imaginario, los niños se meten muy bien en su papel. Me acuerdo de que, cuando me ponía mis orejas de gato verdaderamente me transformaba en uno, imitando sus gestos y rasgos, de igual manera, cuando me ponía muy “chocha” mi abuela me ponía a contar las lentejas y garbanzos para entretenerme y dejarla hacer sus cosas. Si el niño puede tomarse la vida que ha creado con seriedad, el adulto mayor también puede, y es en ese momento donde se crea un puente que además de ayudarnos a comprender la realidad, nos puede ayudar a entender la potencia de la vejez.

¿Será posible imaginarse/ o jugarse un mundo donde la infancia y la vejez puedan ser comprendidas por lo que son? Tomando como ejemplo la propia esencia del juego, que existe y ocurre como lo que es: un juego, sin más cosas pretenciosas o tragedias que amarguen el placer que debe suponer esta actividad. Quizás, lo que nos hace falta en este punto medio que se ve tan distante de su pasado y de su futuro, es un juego que nos permita comprender la realidad que nos atraviesa:

El niño y el viejo tienen cada uno un valor importante dentro de nuestra existencia, reconectar con ellos y acercarlos no debería de asustarnos, sino que, por el contrario, debería divertirnos.

Creo entonces un espacio que permite que ambas edades se comprendan y escuchen de manera equitativa. Me “juego la vida” porque la acción misma de pintar un cuerpo totalmente desconocido entra dentro de las características de esta actividad. Me lo tomo en serio, descompongo la imagen anatómica a la que hemos estado acostumbrados por años y estableciendo mis reglas creo una nueva piel poderosa, joven y arrugada. Un juego no tiene que ser bello o feo, eso es lo menos importante, simplemente es una acción que se debe vivir y disfrutar por lo que es. Lo mismo pasa con la infancia y sobre todo con la vejez, alrededor de la cual imaginamos y nos amargamos por muchas cosas que únicamente podremos corroborar cuando lleguemos a ella.

Negar nuestro gusto por el juego implica negar el transcurso de la vida en sí misma. Es darle la espalda al ritual que si bien, nos hacen creer que nos acompañó únicamente en la infancia, retornará a nosotros sin que nos demos cuenta. No solo en forma de objetos como una mica, una sonajera o un pañal, sino también en momentos cercanos, como la propia acción creadora.

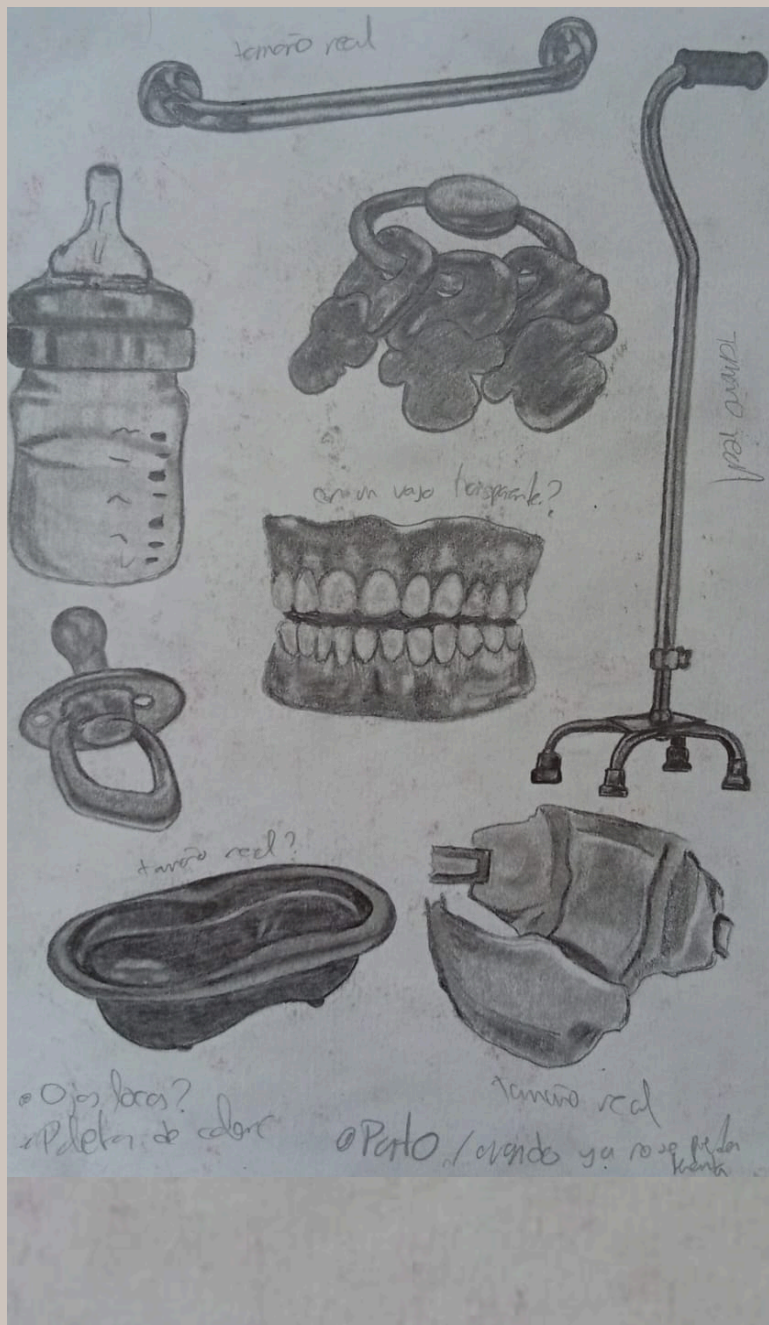
Crear y hacer arte también implica entrar en un espacio de juego, “En las artes plásticas ocurre algo semejante. Tenemos que reunir, poner juntas

muchas cosas. Como suele decirse, un cuadro se « lee». Como suele decirse, igual que se lee un texto escrito. Se empieza a «descifrar » un cuadro de la misma manera que un texto” (Gadamer, 1977, p.75). Enfrentarse a este universo que propongo implica una experiencia y por ende se convierte en un juego. Me propuse el desafío de acercar estos límites de la vida y relacionarlos, respondiendo con el material, con el cuerpo que se estira, crece, hace presencia y con unos objetos que se burlan de su propia función en sí misma.

Ficción la realidad y el punto intermedio entre la infancia y la vejez para reírme de las normas perversas de los adultos. La fragilidad de la cerámica me ayuda a crear una agarradera que si bien, puede ser funcional gracias a su dureza y disposición en la pared, no soportaría por mucho tiempo el peso de una persona común y corriente antes de desmoronarse. Juego con las imágenes y funcionalidades de los objetos para que sus verdaderas intenciones puedan salir a flote. Mi agarradera no funciona totalmente, pero es divertido imaginar en la posibilidad de que alguien intente sostenerse de ella.

Para que la infancia y la vejez puedan ser escuchadas por lo que son, necesitan aprender un poco de la otra. Así como mi agarradera se permite existir en la pared dentro de un vaivén entre la fragilidad y la dureza de su material, me doy cuenta de que en este punto de mi vida yo necesito de esa misma relación entre mi antigua inocencia infantil y mis futuras cicatrices de la vejez para poder

Figura 5
Bocetos



Nota. elaboración propia, (2025)

entender de lo que se tratan ambas etapas de la vida.

Observar y comprender estos dos cuerpos que juegan y se escuchan entre sí, sin establecer relaciones injustas, donde no hay autoridad y solo hay elementos equitativos representa también un juego de intuición para el adulto intermedio. Un cuerpo terso pero arrugado, unos objetos fuertes y frágiles nos obligan a recordar nuestra infancia, conectar nuestras memorias borrosas e imaginar al mismo tiempo nuestra propia versión de la vejez, sin imponerle condiciones amargas y trágicas contribuye a la creación de este puente de pensamientos. Enfrentarse a este mundo que dispongo representa un juego que eventualmente absorberá a la vida, a su infancia y a su vejez como lo que son: Instantes que empiezan, terminan, van y vienen, algunas veces se ven borrosos y otras veces nítidos, con reglas y libertades, con acciones intensas y momentos de pausa, pero que comparten un mismo espacio, un mismo cuerpo y una misma existencia.

Referencias

Beauvoir, S. (1970). *La vejez*. Éditions Gallimard. [PDF]. <https://archive.org/details/la-vejez-simone-de-beauvoir/page/n1/mode/2up>

Gadamer, H. (1977). *La actualidad de lo bello El arte como juego, símbolo y fiesta*. [PDF]. <https://aisthesis2017.wordpress.com/wp-content/uploads/2019/09/gadamer-la-actualidad-de-lo-bello.pdf>

Huizinga, J. (1972). *Homo ludens*. Alianza Editorial. [PDF]. <https://cursoshistoriavdemexico.wordpress.com/wp-content/uploads/2019/07/huizinga-johan-homo-ludens.pdf>

